

IDENTIDAD, ADOLESCENCIA Y CULTURA

Jóvenes secundarios en un contexto regional

JOSEFINA DÍAZ SÁNCHEZ

Resumen:

Esta investigación documenta, con base en técnicas cualitativas y la encuesta, algunos aspectos que configuran la construcción de identidad de los jóvenes que estudian la escuela secundaria en una región marginal del Estado de México. Reconoce los aportes de la cultura local y regional en los procesos identitarios de los adolescentes rurales y urbanos, así como sus crisis y expresiones culturales específicas de la etapa de la vida que enfrentan. Destaca la importancia de la relación con los pares en el tránsito de la familia a la sociedad y da cuenta de los proyectos profesionales y de trabajo que los jóvenes crean a partir de sus condiciones socioeconómicas y de su trayectoria escolar, donde la emigración es uno de los principales imaginarios de futuro posible y cercano.

Abstract:

This study, through the use of qualitative techniques and a survey, documents certain aspects that configure the construction of the identity of young people enrolled in secondary school in a marginalized region of Estado de México. The research recognizes the contributions of the local and regional culture in the identity-related processes of rural and urban adolescents, as well as the specific cultural expressions and crises of their stage of life. The article emphasizes the importance of students' peer relationships in their transition from family to society, and explains the professional and employment projects young people create, based on their socioeconomic conditions and scholastic trajectory. In this process, migration is one of their main ideas for the near, possible future.

Palabras clave: jóvenes, educación media, factores culturales, medio rural, medio urbano, México.

Key words: young people, secondary education, cultural factors, rural setting, urban setting, Mexico.

Josefina Díaz es docente-investigadora del Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México (ISCEEM)-División Académica Tejupilco y coordinadora académica de la División. Kilómetro 1, carretera Tejupilco-Amatepec s/n, Tejupilco, Estado de México. CE: bellaluz_26@yahoo.com.mx

Introducción

Diversas respuestas se han dado a la pregunta, ¿quiénes son los jóvenes de secundaria? En el mejor de los casos, se ha recurrido a la psicología para buscar elementos que ayuden a entenderlos. Con ello, se les define a partir de la etapa del desarrollo en que se encuentran y bajo una categoría genérica y homogénea: la adolescencia. Y esta etapa se identifica con problemas de diversa índole: emocionales (duelos y crisis), conductuales (estados cambiantes, rebeldía) y sociales (aislamiento, trasgresión a las normas). Si bien esas manifestaciones son reales, no son parámetros absolutos para definir a todos los adolescentes en todos los contextos. La adolescencia es un concepto histórico que ha adquirido distintas connotaciones de acuerdo con el momento y la sociedad de que se trate. Por ello, en este estudio intentamos reconocer a los jóvenes en su especificidad, en sus condiciones sociales e históricas y en los contextos concretos en que se mueven y se forman.

La adolescencia, como categoría teórica, sólo es un referente para pensar a los jóvenes que cursan la escuela secundaria; sin embargo, también son estudiantes, hijos, amigos, consumidores, televidentes, trabajadores, campesinos o ciudadanos, hombres o mujeres y mucho más. Todo ello se amalgama de manera particular en torno a lo que significa para cada uno ser joven. La cultura vivida e internalizada en los distintos ámbitos¹ se sintetiza de manera diferenciada y singular en cada historia personal y contexto. Cada individuo y grupo configuran su identidad de manera compleja en el marco de las propias condiciones sociales, económicas e históricas, y de los significados que definen su cultura local en el marco de la global.

Otro referente para definir a los jóvenes ha sido el escolar. En ese contexto (sobre todo en la secundaria) se les “naturaliza” en la posición de alumnos y desde ahí se construye una serie de adjetivos que los etiquetan en función de la lógica y la norma institucional: “indisciplinados”, “apáticos”, “flojos”, “casos perdidos”, o bien, “buen alumno”, “cumplido”, “responsable”, “obediente”. Así se les ubica en alguno de los dos polos, según los parámetros del discurso escolar: el “buen” o el “mal” alumno. Esto reduce la posibilidad de entender al joven como sujeto entero y reconocer la heterogeneidad y potencialidad de los jóvenes en su diversidad.

Aquí se parte del reconocimiento de la necesidad biopsicosocial de los jóvenes, de construir su identidad en función de su intimidad y de su autonomía, así como sus propios valores y proyectos, en el marco de una

crisis personal que signa la adolescencia. Esta crisis se lee como potencialidad de los sujetos, donde la cultura regional² y las condiciones sociales y económicas regionales, comunitarias y familiares inciden, de alguna manera, en los procesos y relaciones en que los adolescentes enfrentan los conflictos de su identidad.

Nuestro estudio documenta aspectos diversos de la vida de los estudiantes de secundaria, como son gustos, expectativas, proyectos de vida y carrera, valores, procesos de construcción de intimidad, manifestaciones de su sexualidad. Todos ellos como elementos constitutivos de la construcción de su identidad.

Abordamos la identidad como una articulación compleja y multidimensional de elementos psicológicos, sociales, culturales e íntimo-afectivos, que se sintetizan de manera específica en cada adolescente. Para ello tratamos de articular elementos conceptuales de diferentes fuentes disciplinarias con el propósito de realizar una lectura más amplia y abierta tanto de la identidad como de la adolescencia. Cada estadio del desarrollo, dice Erikson, supone una crisis. Sin embargo las del desarrollo, no son una “catástrofe” o una fatalidad, sino “un punto de giro, un periodo crucial de vulnerabilidad incrementada y de más alto potencial” (Erikson, 1992:82), que se conjuga con las condiciones sociales y culturales de cada contexto. De esta manera, en palabras del autor, la etapa adolescente representa un periodo de *crisis constitutiva o normativa de la identidad*, que tomará tintes distintos dependiendo de la sociedad y la cultura en que viva el sujeto. La crisis se explica en tanto el joven se enfrenta con una “revolución fisiológica” dentro de sí mismo, que desestructura su imagen corporal y su identidad del yo.³ La adolescencia, sigue diciendo Erikson, es la etapa en la que se acentúa el conflicto de identidad, “es casi un modo de vida entre la infancia y la edad adulta” (1992:111).

En la sociedad occidental, la adolescencia es la época en que “la pubertad genital inunda al organismo y a la imaginación, con todo género de impulsos; cuando se aproxima la intimidad con el sexo contrario y cuando el futuro inmediato confronta al sujeto con demasiadas posibilidades y elecciones conflictivas” (1992:114). En este proceso, y desde el plano psicológico, se destaca la crisis normativa de la adolescencia, que sintetiza las de las etapas anteriores y que se convierte en un momento de giro y replanteamiento de la propia personalidad, representando potencialidad para cimentar el futuro.

En el transcurso del trabajo leemos la intimidad desde un concepto ampliado que incluye, no sólo conexión y cuidado del otro –como lo señala Gilligan (1994)– sino también como relación afectiva, como vínculos de amistad, apoyo, confianza, comunicación y empatía; como construcción de espacios de relación intersubjetiva mediados por la afectividad, donde se pone de manifiesto la capacidad de dar, darse y pensar en el otro y en los otros.

A partir de conceptos psicoanalíticos, sociológicos, antropológicos y filosóficos, analizamos los procesos de construcción de identidad en los adolescentes con base en ejes como la sexualidad, la intimidad, la autonomía, los valores y los proyectos.

La tesis compartida con Giménez (1997), Gilligan (1994) y Erikson (1992), en torno a la influencia de los ámbitos socioculturales en la construcción de la identidad personal, nos llevó a considerar las relaciones que viven los adolescentes en la familia, la escuela y el grupo de pares. Con ello también se enfatiza la dimensión íntimo-afectiva de la identidad, al documentar las relaciones de los adolescentes con sus padres, hermanos, amigos y maestros. Estas relaciones son vistas como espacios privilegiados donde los adolescentes se forman y se apropián selectivamente de significados.

Este artículo da cuenta de aspectos como algunas manifestaciones de la crisis, las relaciones de noviazgo y amistad, los gustos y preferencias de los adolescentes, así como sus proyectos y expectativas de futuro. Todo ello en el marco de una región cultural específica que influye en la configuración de su identidad.

Aclaraciones metodológicas

El objeto de estudio de este trabajo son las formas de construcción de identidad en los adolescentes de secundaria, lo que implicó un análisis eminentemente cualitativo interpretativo, a la luz de autores como Geertz (1997), Rodríguez (1996) y Woods (1998). Sin embargo, utilizamos la encuesta para realizar una primera exploración, tanto de las condiciones socioeconómicas de los estudiantes, como de algunos aspectos de su identidad, sus proyectos y sus valores. Esto respondió al propósito de conocer las regularidades que se dan en la región, en cuanto a las condiciones estructurales y sobre los valores y proyectos de los adolescentes. La mayor parte del trabajo se basó en el uso de técnicas cualitativas como las entrevistas en profundidad, la observación abierta y los registros etnográficos. También se utilizó como técnica de recolección de información la elaboración

ración de cartas anónimas donde los adolescentes plasmaron sus sentimientos y problemas.

El estudio se realizó en el municipio de Tejupilco, ubicado al sur del Estado de México, tomando como muestra para la encuesta, dos zonas escolares, una de secundarias generales y otra de telesecundarias, mismas que aglutinan la mayor matrícula de cada modalidad. Se cuidó que fueran representativas de la región al ubicarse en diferentes contextos: desde los más rurales y alejados de la cabecera municipal en la sierra de Nanchititla, hasta los más cercanos, urbanos y semiurbanos.

La encuesta se aplicó (previa elaboración del instrumento, piloteo y validación) en 18 escuelas: 12 telesecundarias y 6 secundarias generales del subsistema educativo estatal. Al interior de los planteles se tomó una muestra aleatoria de 623 alumnos: 64% de telesecundarias y 36% de las generales. Los encuestados tienen entre 11 y 17 años de edad, 14 en promedio. En cuanto al género, 48% son hombres y 52% mujeres y corresponden a los tres grados escolares: 38% de primero, 30% de segundo y 32% de tercero.

Bajo el supuesto de que la escuela es un ámbito privilegiado de construcción de identidad, para la fase cualitativa de la investigación se eligieron dos (una secundaria general y una telesecundaria), que gozaran de cierto prestigio en su comunidad y/o en la zona escolar como “buenas escuelas”.⁴ Se ubican en dos comunidades distintas, pertenecientes al municipio de Tejupilco: Cerro del Bosque, donde está la telesecundaria, y San José de la Sal, donde se localiza la secundaria general.

El estudio cualitativo comprendió 25 entrevistas en profundidad; 23 se realizaron con los estudiantes y dos con los maestros de Formación cívica y ética; del total de estos alumnos, 11 son de la secundaria general y 12 de la telesecundaria; 13 hombres y 10 mujeres, cuyas edades oscilan entre los 13 y los 16 años. Además, realizamos observaciones en las aulas, en las clases de Formación cívica y ética, y aplicamos la técnica de las cartas anónimas; mismas que elaboraron los adolescentes bajo una pequeña guía presentada por la investigadora.

La región como contexto

La región sur del Estado de México es una expresión de aquellas zonas que, históricamente, han sido desfavorecidas por las políticas del desarrollo. Los problemas de pobreza, marginación, analfabetismo y emigración son graves en esta zona.

De acuerdo con los indicadores del Consejo Nacional de Población (Conapo, 2000), los cinco municipios⁵ que administrativamente se han acotado como límites políticos de la región sur del Estado de México, están ubicados en los rangos de más alta marginación, por lo que son parte de los 386 municipios que, a nivel nacional, tienen 38% de población de 15 años o más, analfabeta; donde 67% de sus habitantes no terminó la primaria; 31% habita en viviendas sin drenaje, ni sanitario exclusivo, 28% no cuenta con energía eléctrica, 41% carece de agua entubada, 72% habita en viviendas con piso de tierra y 74% de éstas tienen algún grado de hacinamiento.⁶

A la vez, el sur del Estado de México está catalogado, a nivel nacional, como una zona de alta intensidad migratoria,⁷ que comparte índices de desplazamiento hacia Estados Unidos con las áreas de tradición migratoria, que desde el siglo pasado se consolidaron como tales. Al igual que en otras regiones del país, este fenómeno es esencialmente laboral. Sobre todo salen hombres y mujeres jóvenes, muchos son jefes de familia, en busca de mejores oportunidades de empleo, que constituyen una importante fuente de remesas para la economía local y regional. De acuerdo con las estadísticas nacionales, también en esta región, “la gran mayoría de los recursos recibidos se gastan en la satisfacción de necesidades básicas, en la adquisición de bienes de consumo duradero y en la compra y mejora de la vivienda, mientras que sólo una pequeña parte se destina al ahorro y a la llamada inversión productiva” (Conapo, 2000).

Desde el punto de vista cultural, en la región, y específicamente en los espacios de nuestro estudio, encontramos geosímbolos⁸ como los cerros “de la muñeca” y “gordo”, “el río San Felipe”; elementos “antropizados”, diría Giménez, como la iglesia de San Pedro, en la cabecera municipal, y las ruinas arqueológicas de San José de la Sal. También tenemos instituciones y prácticas simbólicas que están vinculadas con el territorio regional en cuanto a su origen y su distribución y que funcionan como símbolos metonímicos de la zona; éstas son la música como los sones de tierra caliente; el cancionero popular como los corridos de braceros, “narcos” y hombres valientes; la danza típica como el zapateado y la danza de los moros y los apaches; el vestido tradicional del que aún se usan el huarache y el sombrero, la cultura alimentaria propia, que en este caso se caracteriza por el consumo de carne, tortilla, chile y fríjol, y por los platillos típicos como la “barbacoa de chivo”.

Otros elementos culturales identitarios de la región son: el lenguaje, que integra palabras propias como el término “huache” usado para nombrar a los niños y jóvenes; las fiestas religiosas como las posadas o el día de muertos, las grandes ferias de los santos patronos en las poblaciones principales y otras prácticas religiosas como las peregrinaciones en honor a la virgen de Guadalupe; productos agrícolas como café, haba, calabaza; artesanías como rebozos, sombreros y huaraches; y los tradicionales tianguis.

El tránsito de niño a adolescente. Cambios y crisis

En el transcurso de la vida, pasamos por momentos complejos y definitorios de lo que estamos siendo y de lo que seremos más adelante. En este camino, el drama de la adolescencia, que integra, sintetiza y expresa las crisis de las etapas anteriores (Erikson, 1992) constituye un paso decisivo, una reconstitución vital de nuestro ser que nos lleva a resurgir como individuos nuevos hacia el reto de ser adultos.

La pubertad, fase inicial de la adolescencia, se caracteriza principalmente por los cambios anatómicos y fisiológicos que conducen a la madurez sexo-genital. Las manifestaciones de esta etapa se observan en lo que se ha dado en llamar caracteres sexuales, primarios y secundarios, así como en el crecimiento físico y la revolución psicológica, social y moral que describen la transformación del niño en adolescente.

En nuestro estudio, encontramos que los varones manifiestan una mayor aceptación de los cambios físicos y ven el crecimiento como signo de autonomía al recibir un trato diferente de sus padres. Emanuel, de 15 años, alumno de tercer grado de la telesecundaria, los acepta porque le indican el paso hacia la superación de la sobreprotección de sus padres; ellos le muestran confianza al dejarlo hacer ciertas cosas solo; lo que le indica algunas ventajas de ser grande:

Pues a mí lo que me gusta es que ya crecí, luego lo ven a uno y ya no lo tratan como a un niño, no pues “ya ve tu solo a tal lado, ya te sabes cuidar”. Y es lo que más me gusta, no lo sobreprotegen, ya “para que aprendas y sepas cuidarte ve tu solo” [...] el cambio de voz, sí me ha gustado...no pues la verdad sí están bien los cambios que va sufriendo uno. Yo sí quiero ser grande.

El cambio de voz y el crecimiento físico –transformaciones que implican muchas otras en los planos psicológico y social– son signos que les permiten

a los adolescentes reconocerse como mayores, sentirse diferentes y tomar conciencia de que se están transformando en otros seres que tendrán mayor participación en el mundo adulto. Esto es: “la conciencia que el adolescente tiene de estos cambios y de esta toma de conciencia como factor de desarrollo” (Tessier, 2000:14).

Las mujeres también aceptan, en general, los cambios que sufre su cuerpo; sin embargo la menstruación resulta un fenómeno dramático. Algunas llegan a odiar este evento por lo que implica en términos de dolor, a veces de incertidumbre o incomodidad. Esta es una de las manifestaciones que más sufren y rechazan. Sofía, una chica de 14 años, de Cerro del Bosque y estudiante de la telesecundaria, a pesar de que ya había recibido información al respecto, gracias a una buena comunicación con su mamá, no sabía de manera específica qué era lo que realmente sucedía en el momento de la menstruación, por ello la invadió el miedo y la confusión: “La primera vez me dio mucho miedo, muchísimo miedo [...] andaba yo corriendo y me espanté bastante porque sentí algo caliente, ¡ay!, horrible... grité, puse el grito en el cielo”.

La menstruación está asociada con sentimientos de miedo, coraje, molestia, algo que “pone de malas”. Esto habla de la percepción que tienen las adolescentes de este acontecimiento como un hecho en sí mismo. “La menstruación, y la capacidad de procrear que representa, se valora en todas las culturas de manera distinta” (Hiriart, 1999:83). Por ello puede verse que en la cultura local no se ha estimado su importancia como señal de la capacidad reproductiva y como signo del valor de la maternidad sino que, más bien, se asocia con el desagrado, la molestia, el dolor y lo “vergonzoso” de ser mujer.

En términos de Aberastury, este rechazo de las jovencitas a la menstruación muestra, en alguna medida, lo que la autora llama “el duelo por el cuerpo infantil perdido, base biológica de la adolescencia, que se impone al individuo que no pocas veces tiene que sentir sus cambios como algo externo frente a lo cual se encuentra como espectador impotente de lo que ocurre en su propio organismo (Aberasturi y Knobel, 1998:11). La púber no decide estos cambios que irrumpen en su cuerpo al margen de su voluntad, sin embargo tiene que habituarse a ellos aunque le resulte difícil por la rapidez con que se producen y el drama psicológico que representan.

Los cambios corporales son vividos por el adolescente “como una irrupción incontrolable de un nuevo esquema corporal que le modifica su posición frente al mundo externo y lo obliga a buscar nuevas pautas de convivencia

(Aberasturi y Knobel, 1998:159). Este es un periodo confuso y doloroso donde algunos adolescentes viven un desequilibrio y ansiedad extremos. Deben enfrentar el mundo de los adultos sin estar realmente preparados y, además, desprenderse de su mundo y su identidad infantil. Esta es la tensión que, en sí misma, representa una crisis, y que tomará diversos tintes dependiendo del caso y de las formas en que el adolescente haya enfrentado y resuelto las crisis de las etapas anteriores.

Los adolescentes manifiestan esta crisis de diferentes formas, dependiendo del contexto y de la dinámica familiar. Por ejemplo, algunos del medio urbano enfrentan conflictos en su familia, a raíz de su rebeldía hacia sus padres; otros, del rural, muestran desconfianza hacia las personas que les rodean, ensimismándose y tratando de resolver sus problemas solos; algunos más confiesan su debate interior desbordado en autocensura y menosprecio a sí mismo. En su carta anónima a un amigo imaginario, un chico de 15 años, estudiante del tercer grado de la telesecundaria, a pesar de señalar en su carta que su familia es “realmente hermosa”, se describe en términos de autodenigración:

Quisiera expresarte quién soy pero ni siquiera yo lo sé. Lo único que puedo reconocer en mí es lo idiota que soy para decidir y actuar... Realmente no tengo problemas; sólo en mi interior; ya que me siento horrible físicamente, un perfecto estúpido en mi carácter y un pobre inútil... quisiera que me dieras tu opinión acerca de todo lo que soy y alguna forma de solución para componer la destrucción que siento por dentro.

Algunos autores, ubicados en una postura psicoanalítica más apegada a los planteamientos primarios de Freud, explican estas reacciones del adolescente a partir de la lucha que libra el joven para reprimir sus deseos inconscientes. De ahí que, con base en esta postura, la autocensura del joven sería una manifestación de la “remoción” de los deseos infantiles, que se encuadra a través de la “reversión-en-odio” (Kaplan, 1986:122) orientada, en lugar de sus padres, hacia sí mismo. En palabras de Erikson, esto se explica bajo los conceptos de “pérdida y crisis de identidad”, que suponen la intolerancia del joven hacia el mundo que lo circunda y, en este caso, hacia sí mismo.

Otros, sobre todo los adolescentes del medio rural, viven la crisis de manera reservada, desconfiando de los demás y tratando de resolver sus problemas solos, aunque todo les “sale mal”. De esto nos da muestra un

fragmento de la carta de otro jovencito de 15 años, de tercero de secundaria: “Problemas, sería cómo va mi vida en este momento; todo lo que hago me sale mal, en el momento o en el futuro la riego. La mayoría de las veces no me gusta seguir los consejos de nadie; por dudas casi no pregunto, trato de resolverlas solo”.

Mateo, estudiante del tercer grado de la secundaria general (ubicada en el medio rural), sonríe con picardía cuando se toca el tema de la sexualidad y comenta abiertamente que no le gusta hablar de estos temas: “no me gusta hablar de eso”. También Rodaciano, de 15 años, hijo de padres campesinos, dice no comentar con nadie sus conflictos internos y sus dudas sobre sexualidad: “Casi no me ha gustado platicar con nadie... a nadie de aquí le platico... les tengo desconfianza... Los problemas que tengo los arreglo yo solo como puedo”.

De acuerdo con Erikson, el problema giraría en torno a que Rodaciano tiene una gran necesidad de confianza en sí mismo y en los demás, ya que los adolescentes buscan “hombres e ideas en quienes tener fe” y, paradójicamente expresan esta demanda” mediante una “ostentosa y cínica desconfianza [...] ávido está de confirmación por parte de sus compañeros, por sus profesores, y de ser inspirado por ‘modos de vida’ que valgan la pena (Erikson, 1992:112).

La lucha interior, la crisis de esta etapa, en algunos adolescentes, en especial aquellos del medio urbano, también se manifiesta en conductas de rebeldía hacia sus padres, planes o amenazas de irse de la casa (que a veces se cumplen) o asumiendo actitudes extravagantes.

“Un amigo, pero más íntimo”. El noviazgo

La adolescencia es una lucha por resolver e integrar los sentimientos y las crisis de las etapas de la infancia. El joven busca “un nuevo sentimiento de continuidad e igualdad consigo mismo, que ahora ha de incluir también a la identidad sexual” (Erikson, 1992:110). Con ello se abre la ventana hacia las relaciones amorosas, lo que lo conduce a la intimidad, a la relación subjetiva y profunda con un otro que lo ayuda a configurar su propia identidad y a ubicar el lugar que los otros ocupan en su vida y en sus valores.

Mientras esto sucede los adolescentes viven fuertes problemas con respecto a su sexualidad y a sus relaciones de noviazgo. En nuestra encuesta encontramos que el mayor problema actual de los adolescentes (22%) tiene

que ver con la sexualidad y con el noviazgo (14%). Esto, a su vez, se relaciona con la confianza en sí mismo, lo que 12% de la muestra reconoce como su principal problema.

En nuestra cultura, la adolescencia es el momento de las primeras relaciones afectivas fuera de la familia. En esta etapa es notable el cambio en las relaciones con el otro sexo a partir del noviazgo. No es de extrañar que para los jóvenes represente un vínculo de amistad, “pero más íntimo” –como dice Emanuel–, y que en nuestra encuesta, 44% haya contestado que el noviazgo es una forma de compartir sentimientos, mientras para 32% significa tener compañía para platicar. El propio Emanuel, quien tiene a su novia en el grupo de tercero en la telesecundaria, dice al respecto: “para tener alguien con quién platicar, con quién desahogarse, será casi como un amigo pero más íntimo, más de uno...”

Así, el noviazgo va más allá de la amistad, implica un nivel más profundo de intimidad; lo que en palabras de Juana, de 14 años, de segundo grado de la misma escuela de Emanuel, que también tiene novio en la escuela, se relaciona con la comunicación, el apoyo y el conocimiento mutuo: “Para tratar de comunicarnos, para conocernos mejor, para ayudarnos... porque también [el novio] te trata de ayudar, cuando vas mal, en un problema familiar, en tus calificaciones [...]”

Con ello vemos que el noviazgo implica comunicación, apoyo y respeto. Erikson afirma que en esta etapa el noviazgo, e incluso el enamoramiento, no significa una “cuestión sexual”, sino que “es una tentativa para llegar a definir la propia identidad, proyectando sobre otro la propia imagen difusa acerca de sí mismo y para verla así reflejada y gradualmente clarificada” (1992:113). De ahí que, de acuerdo con este autor, el amor juvenil “consiste en conversación”. Esto parece ser corroborado en nuestro estudio, pues los adolescentes, tanto urbanos como rurales, definen el noviazgo en términos de amistad, confianza, plática, apoyo, conocerse, desahogarse, y hasta para “desaburrirse”.

Las mujeres, según las teorías del desarrollo, despiertan a la sexualidad antes que los varones, el noviazgo es más común y, generalmente, se da con muchachos más grandes que ellas. En esto coinciden María, Isabel, Juana y varias de las chicas en sus cartas anónimas, sobre todo del medio rural, quienes ven el noviazgo como una relación de amor y conexión emocional con el compañero y sufren la pérdida o el rompimiento. Una adolescente de 15 años de la secundaria general dice en su texto: “He pasado por un

momento difícil, que yo quería mucho a mi novio, y él me andaba engañando con otra; y la verdad, todavía lo sigo queriendo y por eso me siento muy mal”.

El primer beso es una experiencia muy significativa para las adolescentes. De ahí surge el estado de enamoramiento y la consideración de que la relación sexual es un acto de amor y de conexión afectiva con el otro. Una chica de 15 años de la secundaria general, escribe: “La experiencia más feliz que he vivido fue cuando me dieron mi primer beso de amor y con un chavo que a mí me gustaba, me besó muy bonito y lo amo y lo quiero mucho pero desgraciadamente murió”.

Así, las jovencitas buscan en la relación de noviazgo una vía para dar y recibir amor; sin embargo, para los varones, sobre todo en los primeros años de la adolescencia, tanto el beso como las relaciones sexuales, son considerados “al menos parcialmente, como la confirmación de su masculinidad” (Pollack, 1999:180) y como una forma de afianzar su propia identidad en tanto individuación (Erikson, 1992).

Aunque el noviazgo es vivido y significado de manera diferente por hombres y por mujeres, en términos generales, es una relación importante para los adolescentes, en él encuentran y establecen niveles de intimidad que se traducen en apoyo, confianza, motivación, conocimiento de sí mismo y del otro, lo cual les permite establecer un puente intersubjetivo, íntimo-afectivo con el otro, que sienta las bases de una madurez emocional aún precaria, pero que conduce a la construcción de una identidad sexual y emocional relativamente definida a partir de la adolescencia.

“De veras es mi amigo”.

Intimidad entre pares y el valor de la amistad

El grupo de pares representa para los adolescentes un apoyo fundamental. En él encuentran el reforzamiento necesario para los aspectos cambiantes de su personalidad. El grupo les ayuda a diferenciarse de su familia y a reconstruir su identidad. Es de gran importancia porque le transfieren gran parte del apego que anteriormente mantenían con la familia y con los padres en particular. Al modificarse estos lazos, “la amistad de sus pares adquiere una importancia que no tenía antes” (Delval, 2000:574). El grupo de pares constituye la transición necesaria al mundo externo para lograr la individuación adulta ya que, pasando por la experiencia grupal, el joven podrá empezar a separarse y a asumir su identidad adulta.

Por ello nuestros encuestados reconocen al amigo como una de las personas que les ofrecen más confianza, después de la madre. Aunque ésta aparece en primer lugar al respecto, el amigo supera inclusive al padre. El 15% de los jóvenes dicen tenerle más confianza al amigo (cuadro 1).

En la relación de amistad e intimidad, los amigos y el grupo de pares tienen una importancia primordial para los adolescentes; son pocos los que no tienen o no buscan un amigo especial con quién compartir sus inquietudes, dudas, penas y aventuras.

En el proceso de definición de la identidad, la relación con los pares es una condición necesaria para fortalecer los procesos de apego y diferenciación del adolescente. Así, escuchar y apoyar al otro y y viceversa representa un espacio íntimo de amistad, apego y confianza que fortalece al sujeto y le permite recontextualizar sus significados. Los adolescentes le dan una gran importancia y valor a la amistad y en especial a ciertos amigos. Recurrimos nuevamente a Emanuel, quien tiene un amigo íntimo que conserva desde la primaria: “[...] uno que sigue conmigo en tercero. A él lo conocí en tercero de primaria, y con él siempre me he llevado. De veras es mi amigo, a él le platico, le digo todo [...] a pesar de que algunos años no nos ha tocado juntos [se refiere a la escuela] nos seguimos hablando igual”.

CUADRO 1

Persona que inspira más confianza en los adolescentes

Persona de confianza	Porcentaje
Madre	36.3
Amigo (a)	15.4
Padre	10.6
Hermano (a)	09.6
Novio o novia	08.3
Ninguno	05.2
Maestra (o)	04.8
Orientador (a)	04.8
No contestó	03.7
Otro	01.3
Total	100.0

Fuente: Encuesta aplicada a 623 adolescentes.

En otros casos el amigo se ve como un apoyo y una fuente de consejo y ayuda en situaciones especiales, “en las buenas y en las malas”, diría Oliver, adolescente de 13 años de segundo grado de la telesecundaria, cuya madre falleció hace dos años. Él, además de llevarse bien y sentirse apoyado por sus primos, también tiene amigos íntimos que frecuenta desde el jardín de niños y con los cuales comparte el gusto por los gallos y los deportes. Para él los amigos son: “Alguien en quien confiar; yo les platico y ellos me platican, luego se siente uno diferente [...] sí me siento apoyado [...] son importantes [...] casi la mayoría de amigos te ayudan en las buenas y en las malas”.

El sentido de la amistad va cambiando en relación con las edades de los adolescentes. Como señala Delval, basándose en un estudio de Aldeson, “de los catorce a los dieciséis, lo más importante es la seguridad, y la lealtad se convierte en un valor central” (Delval, 2000:585). De ahí que Oliver señale que los amigos ayudan “en las buenas y en las malas”.

La intimidad entre amigos se da en los campos de interacción donde el adolescente se confronta con sus pares, pone en juego sus preferencias, se identifica con ciertos amigos, se reconoce y es reconocido por los otros. “Al tener una identidad poco formada, el adolescente forma una identidad ‘gregaria’, compartida con los otros y lograda también mediante identificaciones con personaje públicos, figuras de la música, de los espectáculos, ‘héroes que se convierten en modelos” (Delval, 2000:584)

Con todo lo anterior se confirma que la construcción de la identidad personal se da de manera relacional e intersubjetiva, donde el amor y la intimidad con los otros tienen un papel decisivo. En tal proceso, los otros, las personas más cercanas a los adolescentes, como son padres, amigos, primos y maestros, constituyen fuertes soportes que impulsan su constitución como sujetos, y representan importantes figuras de apego y de transición, en términos también de modelos de identificación y de depositarios del amor que les ayuda a construir su identidad. Como bien afirma Kaplan, “El amor a otro, con todas sus frustraciones y limitaciones, es la red de seguridad de la existencia humana” (Kaplan, 1986:122).

La búsqueda de la identidad.

Gustos, preferencias y usos del tiempo libre

La cultura local y los medios culturales a los que los adolescentes tienen acceso son otra fuente importante de apropiación de significados que abonan la dimensión sociocultural de su identidad. En su búsqueda, los jóvenes

van definiendo gustos y preferencias, al identificarse con ciertos tipos de música, programas televisivos, películas y pasatiempos. En este proceso tiene una gran influencia tanto la cultura global,⁹ que les llega a través de los medios electrónicos, principalmente la televisión, como la cultura local y las propias condiciones socioeconómicas y culturales de la familia, la comunidad y la región donde se desarrollan.

En la región de nuestro estudio no abundan los espacios destinados a la recreación de los jóvenes y las condiciones socioeconómicas limitan las posibilidades de acceder a medios tecnológicos modernos como internet. Es por ello que la mayoría sólo ve televisión y escucha música, todos los días y durante varias horas. Los datos de la muestra indican que 37% de los adolescentes encuestados escucha música de una a dos horas diarias y 23% lo hace de dos a tres horas; mientras 70% ve televisión de una a tres horas al día. Esto se da más en los jóvenes que estudian en las secundarias generales, ubicadas en zonas urbanas y semiurbanas, donde las familias gozan de mejores condiciones socioeconómicas y tienen mayores posibilidades de acceso a la cultura exterior que circula y llega a estas zonas a través del intercambio comercial y de los medios de comunicación e información.

Música

Los gustos de los jóvenes se adscriben a la música ranchera y de banda. Ellos se identifican con estos géneros por sus referencias cotidianas y que implican un campo importante de creación de sentido. El 42% de nuestra encuesta tiene como grupo de su preferencia la banda “El Recodo”. Sin embargo, la variable de género también describe diferencias importantes. En general los hombres se inclinan por las canciones rancheras y de banda, mientras que las mujeres prefieren la música tranquila, romántica.

Los jóvenes del medio rural, cuya cultura local está más influida por lo que se ha dado en llamar “la narco-cultura”, gustan de la música ranchera, “los corridos y los narco-corridos”. Es el caso de Mateo, a quien le gustan “puros corridos o norteñas”, y de Rodaciano que prefiere los corridos cuyos temas tienen que ver con la siembra de droga y el narcotráfico: “La pesada [...], los corridos y los narco corridos [los cantan], ‘Los tigres’ y ‘Los paisanos’ [...] la canción que me gusta más es la de *El cerro responde*”. Éste es un aspecto de la cultura regional que da cuenta del fenómeno del narcotráfico en la zona, a partir del cual se ha construido el concepto de la

“narco-cultura”, que también sirve de motivo y fondo significativo a los adolescentes para construir sus imaginarios.

Lo anterior es una expresión de elementos culturales e identitarios históricamente situados. Más allá del concepto homogéneo de la “cultura juvenil”, asociada con significados urbanos, las construcciones de sentido locales muestran la heterogeneidad que adquiere la categoría “juventud” o “joven”, y la necesidad de elaborar nuevas identificaciones, que responde a condiciones situacionales de los jóvenes, diferenciadas a partir de variables como género, y clase.

Televisión

En el contexto de nuestro estudio, la televisión es un medio muy cercano a los jóvenes, tanto urbanos como rurales; forma parte importante de su vida cotidiana. Casi todos los entrevistados coinciden en ver alguna telenovela, aunque otros prefieren los programas cómicos o documentales, sobre animales, ciencia o fantasía. Muchos, tanto hombres como mujeres, ven telenovelas cuyos protagonistas son jóvenes, donde se reflejan ellos mismos en relación con la manera en que quisieran ser y se apropiaran de ciertas formas y estilos de ser y actuar. Melina encuentra en una, en particular, formas de relación y de diversión que le gustan: “Pues es una vida de personas adolescentes, más grandes que nosotros pero, más que nada, en la forma en que tienen sus novios; que se van a la disco”. Otros se identifican con este tipo de telenovelas por los problemas que viven en común con los personajes. Ramón, de 13 años, que reside en la cabecera municipal, encuentra en la más vista por todos los adolescentes, los mismos problemas que vive en diferentes ámbitos. “Ahí casi son todos los problemas que nosotros tenemos en la familia, con los amigos... en la escuela”.

Con ello, los medios y los modelos de vida e imagen de ser joven difundidos en la televisión representan un fuerte campo de construcción de sentidos para los adolescentes. Las identificaciones que tienen lugar a partir de estas interacciones con este medio impactan la conformación de autoimagen y hasta sus imaginarios de vida.

De “cholos”, “pelos parados” y “malas palabras”.

Moda y lenguaje de los adolescentes

La influencia de los medios y las diferencias de los contextos culturales se expresan en las formas de actuar, hablar y vestir de los adolescentes. Así,

aquellos que tienen mayor acercamiento a las formas de vida urbana, adoptan los estilos y el lenguaje que algunos grupos juveniles urbanos promueven como parte de una “cultura juvenil” o “contra cultura”, que se asocia a la trasgresión de la normatividad social.

En los jóvenes del contexto urbano, en especial en los varones, se nota una forma de vestir diferente a la de los del medio rural. De acuerdo con sus opiniones, a los primeros les gusta vestir “a la moda” (que para ellos significa pantalón flojo, que llaman “cholo”, un estilo que se ha generado entre los jóvenes latinos en Estados Unidos, playeras amplias, largas y con estampados al frente y/o atrás, y tenis). Emanuel, que trabaja en la cabecera municipal, describe su forma de vestir: “[los pantalones] siempre los uso dos tallas más grandes y la playera grande, y fajarme nada más me gusta en algunas ocasiones”. También es el caso de Franco, quien vive en la cabecera municipal “uno se viste... pues así, como es la moda ahorita... los pantalones cholos... las playeras largas...”. Como muchos, Franco usa gorra, aunque en la telesecundaria lo sancionan por llevarla.

Asimismo, la moda incluye el peinado “a la punk” o, como dice Roberta, “de pelos parados”, lo que, en palabras de Emanuel, resulta más práctico y se ve bien: “Pues yo me lo peino así [lleva cabello corto peinado hacia arriba] porque es más práctico, más sencillo. Así en la mañana, agarro lo que me echo en el pelo, lo humedezco y me lo echo para atrás, y así no uso peine ni nada...y, además, se ve bien, mucha gente me dice que ‘se ve bien tu pelo’”.

En estos adolescentes hay una defensa de sus formas de vestir y de ser como contraposición a la normatividad y a los estilos hegemónicos que imponen no sólo un tipo de atuendo, sino también límites al lenguaje y a la conducta. Ellos son, generalmente, los jóvenes que se apropián del espacio de la calle, que acostumbran reunirse en los espacios públicos como el parque y los videojuegos, desde donde configuran una serie de significados que describen un lenguaje y una cultura que ironiza los límites de la cultura adulta.

Con respecto al lenguaje es cotidiano escuchar, sobre todo en los varones que residen en la cabecera municipal, hablar con “malas palabras”. En una reunión de padres y alumnos “problemáticos” de segundo grado de la telesecundaria, a la que convocó la maestra Michel, una de sus quejas más fuertes fue el tipo de lenguaje “malsonante” de los muchachos. La profesora expresa abiertamente las palabras que usan: “Tienen un lenguaje bárbaro. No salen de ‘no mames’, ‘no chingues’, ‘güey’ y ‘cabrón’...y el albur... ¡no se diga...!”¹⁰

Lo anterior es una muestra del encuentro conflictivo entre la cultura escolar socialmente legitimada, traducida en normas de disciplina que describen el comportamiento “correcto”, y la de los adolescentes que, aunque en buen grado es imitativa de otros grupos juveniles, se opone y transgrede el orden escolar y social.

Con las “malas palabras”, surgidas del lenguaje popular y carnavalesco en oposición al poder,¹¹ los jóvenes no sólo tratan de transgredir las normas sociales y ser diferentes sino que, al darles también sentidos distintos a los asignados desde la cultura hegemónica,¹² el sentido de lo obsceno deja de ser fundamental, para dar paso a otros significados que, en muchas palabras, adquieren una connotación positiva.¹³ En el uso generalizado de estas palabras también influyen los medios y la moralidad que promueven algunos programas televisivos, como la palabra “güey”, que a partir de *Big Brother*, parece haber dejado de ser sancionada socialmente y es usada en todos aquellos programas y telenovelas que incluyen el elemento joven.

No obstante, hay muchos otros adolescentes, que pertenecen a contextos más rurales, en este caso chicos y chicas de San José de la Sal, que se ajustan más a los parámetros de la cultura tradicional y no comparten del todo los gustos y la moda del momento. Osvaldo, de San José de la Sal, es un ejemplo de ello: “Yo me visto normal, poco me gustan los cholos [...] Casi no. Sí me he vestido así, pero me siento raro... como que no va conmigo... No sé, pero no hace mucho que se empiezan a vestir así; y el peinado así..., parado, ¡no! [¿Y el arete?:] ¡Menos!“.

Además del vestido, el peinado y el lenguaje que los jovencitos usan como símbolo de distinción y de su propia “cultura juvenil”, sus gustos también se expresan en las actividades que realizan en sus ratos libres. En algunos, es evidente la síntesis de elementos de las culturas “moderna” y local, como Oliver y Franco, quienes se visten “cholos”, usan gorra y manejan una moto, pero también crían gallos de pelea y los juegan en las ferias regionales. Oliver se inicia en esa actividad: “Cuando no voy a la deportiva, como tengo unos gallos, me pongo a cuidarlos y ahí a pelear [...] tengo ocho, he jugado dos y los he ganado”. Franco ya tiene un criadero y acostumbra jugar y apostar fuerte: “me gustan los gallos [...] como ahorita tengo mi criadero [...] yo los cuido para sacar pollos [...] a mí me gusta apostar fuerte [...] en la feria hay veces que agarro de a dos mil [pesos] las peleas en la noche.”

Los anteriores son algunos ejemplos de actividades recreativas típicamente regionales, ya que es característico que muchos hombres, adultos y

jóvenes, se dediquen a criar gallos para jugarlos en las peleas que se realizan en los palenques de las ferias del lugar. Desde muy pequeños van aprendiendo el oficio de la cría, el cuidado y las peleas de gallos con miras a ganar en las apuestas. Vemos aquí una muestra de la cultura regional internalizada en los jóvenes que aporta elementos a su identidad.

"Voy a estudiar una carrera" versus "me voy a los Estados Unidos". Proyectos profesionales y de trabajo

En el contexto de una región en condiciones socioeconómicas de marginación y con una fuerte emigración a Estados Unidos, los jóvenes de secundaria construyen sus proyectos bajo estos marcos significativos, a partir de los recursos con los que cuentan y/o del significado que adquiere la escuela y la preparación profesional para ellos y su familia. Este entramado simbólico y las condiciones socioeconómicas, se conjugan en la definición de sus metas, proyectos y aspiraciones. A partir de ello se comprende que 17% de los encuestados tengan como proyecto inmediato, al salir de la secundaria, ir a Estados Unidos; aunque 54% piensa seguir estudiando, 15% que piensa dedicarse a trabajar, ya sea ayudando a sus padres o fuera de su casa.

CUADRO 2

Proyecto de los adolescentes al salir de la secundaria

Proyecto	Porcentaje
Seguir estudiando	54.1
Irse a Estados Unidos	16.8
Otro	11.2
Trabajar con papá en las tierras de la familia	09.3
Trabajar en su región	07.1
No contestó	01.5
Total	100.0

Fuente: Encuesta aplicada a 623 adolescentes.

Los jóvenes que tienen como propósito continuar sus estudios y lograr una carrera profesional, centran su proyecto en las licenciaturas clásicas: 23% quiere ser profesor, 22% desea ser médico, y 13% aspira a ser abogado (cuadro 3). En términos generales, los proyectos profesionales de los

adolescentes de la región tienen que ver con las condiciones socioeconómicas de la familia y la comunidad al igual que con los significados que han construido a partir de su historia y de la relación con su entorno. Muchos de ellos han desarrollado cierta sensibilidad ante los problemas y carencias familiares y comunitarias, expresada en sus proyectos profesionales, mediados por intenciones de ayuda a los demás y de colaboración con los necesitados.

CUADRO 3

Proyecto profesional de los adolescentes

Expectativa	Porcentaje
Maestro	22.8
Médico	21.5
Abogado	13.0
Ingeniero	11.1
Otro	11.1
Arquitecto	07.1
Enfermero (a)	05.4
Administrador de empresas	04.8
No contestó	02.4
Periodista	00.8
Total	100.0

Fuente: Encuesta aplicada a 623 adolescentes.

En el grupo de jóvenes que ya decidieron no continuar con sus estudios y emigrar a Estados Unidos, el principio de la ayuda también es una constante. Construyen sus expectativas en términos de encontrar un trabajo donde ganen más o menos bien para enviar dinero a la familia. Mateo tiene 14 años de edad y es uno de los muchos adolescentes que aspiran a mejorar sus condiciones familiares emigrando al país del norte. Sólo espera salir de la secundaria para irse, pues ya tiene “arreglado” el viaje: “Me voy a ir con un tío a los Estados Unidos [...] a trabajar [...] le voy a ayudar a mi papá para que ya no trabaje tanto [...] primero mi familia y después otra cosa”.

Rodaciano no tiene fama de ser un alumno dedicado. Tiene decidido irse a Estados Unidos saliendo de la secundaria. Sus hermanos viven en

Texas y su papá, que es albañil, ahora trabaja en “hacer carreteras” en Nueva York. Comenta que se fue desde que él estaba pequeño y que vino hasta que él tenía alrededor de cinco años; desde entonces ha venido tres veces, mientras que sus hermanos no han regresado:

Me voy el 10 de julio... el 7 salgo de la escuela, o si es el 10 la salida de aquí de la escuela, me salgo antes yo creo [...] Me iba a ir el 10 de marzo, pero como me dijo mi jefa: “mejor espérate, ya faltan unos meses” [para terminar la secundaria] y sí se van a ir muchos de mi edad; nada más que hay muchos que no siguieron estudiando, estudiaron conmigo la primaria, y de los que jugamos, se va a ir un chavo y su papá, pero se van a ir hasta Virginia. Mi mamá me dijo que me fuera para allá con ellos, porque allá creo que se gana un poquito más que en Texas [...]

Estos adolescentes, como muchos que parten a Estados Unidos, dejan truncada su preparación profesional por la expectativa de trabajo y la búsqueda de mejores ingresos, lo que encuentra sentido en la ayuda a la familia.

En estos casos la escuela funciona sólo como un contenedor temporal que les provee de una certificación mínima que les acredita un nivel básico de estudios. El bagaje de contenidos que la escuela ofrece e impone, tiene poco sentido para estos jóvenes. Esto, en parte, explica las actitudes de apatía y el poco interés que muchos de ellos muestran por los estudios. Ello también se conjuga con las estrategias poco interesantes que predominan en la secundaria general y con su lógica disciplinaria y controladora.

Apoyos para seguir estudiando. El papel de los padres

Muchos de los adolescentes tienen el firme objetivo de seguir estudiando hasta lograr una carrera profesional, sin embargo, las condiciones socioeconómicas de sus familias, y en general de la región, son una fuerte limitante para ello; 61% de los encuestados reconocen que el recurso con el que más cuentan para lograr sus metas es el apoyo moral de sus padres, sólo 8% menciona las propiedades familiares; mientras que 18% dice contar con el trabajo de sus padres o con el apoyo económico de sus hermanos; otros sólo refieren su propia capacidad y decisión (9%) (cuadro 4). De tal modo, para muchos adolescentes, aunque no cuenten con suficientes recursos económicos, saben que sus padres harán un esfuerzo por apoyarlos para seguir estudiando.

En términos generales, podemos decir que dentro de la cultura local y regional, la historia, la tradición y la dinámica social y económica han ido tejiendo la heterogeneidad de significados y la diferenciación socioeconómica de los grupos y de las comunidades de la región. A medida que se avanza hacia los poblados más alejados y pequeños, las carencias económicas y los niveles de escolaridad marcan serias diferencias, históricamente construidas, de los beneficios del desarrollo. Bajo estas desigualdades, los jóvenes construyen también de manera distinta, sus formas de ser, pensar y actuar, y sus proyectos y expectativas.

CUADRO 4

Recurso más importante para lograr sus metas

Recurso	Porcentaje
Apoyo moral de sus padres	61.2
Trabajo de sus padres	09.2
Su propia capacidad y decisión	09.1
Apoyo económico de sus hermanos	09.0
Propiedades de la familia	08.3
No contestó	01.9
Otro	01.3
Total	100.0

Fuente: Encuesta aplicada a 623 adolescentes.

Conclusiones

La adolescencia representa una etapa fundamental. Es un momento crucial de replanteamiento de la identidad del sujeto donde modifica la imagen de sí mismo, sus relaciones con quienes le rodean, al tiempo que reconoce un lugar distinto en el mundo y un horizonte en su propio desarrollo. Todo ello se construye de manera particular de acuerdo con, entre otras, condiciones sociales, económicas, culturales y de género:

- En general, los adolescentes viven una fuerte tensión entre los cambios que van experimentando y que socialmente les implica ser más grandes, más autónomos, más responsables, y la nostalgia por la niñez y la permisividad que ésta representaba. El hecho de crecer y

adoptar las características físicas de los adultos, psicológicamente supone para el adolescente y sus padres, ocupar un lugar en el mundo de aquéllos. El joven deja fuera muchos aspectos y actitudes del niño que fue, y asume y fortalece valores proyectos que orientan su futuro.

- Hombres y mujeres viven de manera distinta sus cambios emocionales y sexuales durante la adolescencia. Sin embargo, para ambos la relación con el otro sexo tiene una fuerte influencia en la construcción de su identidad. Unos, más en afirmación de su yo masculino, y las otras, en términos de conexión y afectividad que les lleva a autovalorarse y también a sufrir. Con todo ello la crisis de identidad de la adolescencia, contiene también conflictos de intimidad e impulsos profundos que la hacen una crisis potenciadora y creativa, cimiento de la personalidad adulta.
- En las relaciones de intimidad, aun tratándose de jóvenes poco expresivos, la madre tiene un papel fundamental porque para las y los adolescentes es la persona a la que más se acercan, en la que más confían y a la que más admirán y quieren. En un contexto donde predomina el “código masculino” expresado en actitudes distantes y poco comunicativas del padre, la madre cobra mayor importancia como la figura de apoyo, cariño y confianza.
- El trato y la amistad con sus pares encierra una importancia vital para los adolescentes. La amistad, y el apoyo que reciben de los amigos, representa una fuerza que impulsa y acompaña (“quien tiene amigos logra mucho, quien no tiene amigos no logra nada”), y es un aspecto fundamental que apuntala los juicios de valor de muchos adolescentes. Parece ser que llenan el vacío que en muchos de ellos dejan sus padres o sus hermanos. En general, el grupo de amigos es un espacio necesario para la construcción de la identidad de los adolescentes. En sus pares encuentran las posibilidades de desplazamiento de la necesidad de empatía con los padres y la seguridad de emprender juntos acciones y aventuras que fortalecen su autovaloración, su autonomía, y, por ende, su identidad.

Por otro lado, las condiciones socioeconómicas y culturales del contexto, y los significados que desde ahí se construyen, impactan fuertemente la conformación de los imaginarios de los jóvenes y su propia forma de ser, pensar y actuar. La cultura internalizada, permeada por condiciones y procesos

históricos, influye en sus procesos de construcción de identidad y en sus expectativas:

- Los jóvenes urbanos de la muestra –en mayor medida que los del medio rural–, hijos de profesionistas, que tienen contacto cotidiano con casi todos los medios de información, que gozan de mejores condiciones socioeconómicas, adoptan muchos rasgos de la cultura moderna, como el vestido, el peinado, el lenguaje; sin embargo, también incorporan en sus gustos y preferencias elementos de la cultura regional como la cría de gallos y las apuestas en los palenques.
- Los más urbanos, además, construyen sus proyectos en función de la posibilidad real de hacer una carrera profesional. Este proyecto y la convicción de seguir estudiando tienen que ver con el éxito en la escuela, con la necesidad de “ser alguien en la vida” y con la intención de contribuir y ayudar a los demás, donde se incluye, en primera instancia, la familia.
- Mientras que los jóvenes del medio rural, hijos de campesinos y/o albañiles o de padres emigrantes, no ven en la escuela y en la profesionalización una vía factible y deseable para fincar el futuro. Sus expectativas y proyectos de vida se enfocan a lograr mejores condiciones económicas a través de la emigración. El cultivo de la tierra y el apego a ella es cosa del pasado; sus padres y sus hermanos emigrantes han marcado otro camino y otro futuro.
- En general, los proyectos de los adolescentes de nuestro estudio, apuntan en dos sentidos relativamente opuestos: estudiar una carrera profesional o emigrar a Estados Unidos. Aunque son más los jóvenes que dicen querer estudiar una carrera profesional, ante las condiciones de las familias, de las comunidades y de la región en general, pocos podrán ver culminado este proyecto. Las limitantes reales y el imaginario que se ha difundido en la cultura regional, en el que la emigración representa una forma relativamente rápida de mejorar las condiciones de vida, son fuertes condicionantes para fincar sueños y esperanzas en el adiós al terruño.

Notas

¹ En este sentido incorporamos el punto de vista socioantropológico de Giménez, y la concepción simbólica de la cultura de Geertz, a la luz de la cual intentamos dar cuenta de esa serie de símbolos que el adolescente internaliza

selectivamente y que constituyen la dimensión sociocultural de la identidad. Desde esta perspectiva existe una relación estrecha y recíproca entre cultura e identidad. Esta última, dice Giménez, es el lado subjetivo de la cultura, es

un elemento de la cultura internalizada en forma de *habitus* o de representaciones sociales; y es, a su vez, selectiva de los elementos culturales que el individuo significa. En este marco, la identidad de acuerdo con Giménez es “el conjunto de repertorios culturales (representaciones, valores, símbolos...) a través de los cuales los actores sociales (individuales y colectivos) demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo ello (insiste) dentro de un espacio históricamente específico y socialmente estructurado” (Giménez, 1997:3-4). En suma, la identidad, en su dimensión sociocultural, implica el sentido de pertenencia, que se construye conforme al campo simbólico en que se dan las relaciones e interacciones sociales a partir de la apropiación, selectiva y jerarquizada, de la cultura como “tramas de significación” (Geertz, 1997). Se trata de ese complejo simbólico-cultural que adquiere sentidos particulares de acuerdo con el grupo, la escuela o la familia, donde se forman y transforman los jóvenes.

² Por cultura regional entendemos, de acuerdo con Giménez, “el conjunto de esa vasta, simbólica, regional se revela en las grandes celebraciones y festividades regionales, en el discurso de la lírica, en la narrativa y en la historia regionalista, en el periodismo local y en el discurso político” (Giménez, 1999:35). En relación con los adolescentes, la cultura regional constituye un ámbito de pertenencia que les significa cierto vínculo afectivo, tal vez la región es sentida como “el terreno”, o “la matria” que les evoca una serie de símbolos con los que se identifican.

³ Erikson sostiene que el estudio de la identidad ha llegado a ser tan importante como el de la sexualidad en los tiempos de Freud.

⁴ Los criterios que las definen como “buenas escuelas” han sido construidos socialmente y circulan entre los padres de familia, las autoridades y los propios maestros de la zona, en términos de apreciaciones o valoraciones como: “siempre gana los concursos”, “ahí trabajan bien los maestros”, “los que salen de ahí han respondido en la prepa”, “casi no faltan los maestros”, “ha tenido los mejores promedios de la zona”.

⁵ Se trata de los municipios de Temascaltepec, San Simón de Guerrero, Tejupilco, Amatepec y Tlatlaya.

⁶ Conapo, informe basado en el XII Censo General de Población y Vivienda, 2000.

⁷ Según datos del Conapo, “los municipios del sur del Estado de México y Morelos, el norte de Guerrero, el sureste de Puebla y la zona de la Mixteca (Oaxaca, Guerrero y Puebla), presentan una intensidad migratoria tan alta como la región tradicional” (Conapo, XII Censo General de Población y Vivienda, 2000).

⁸ El geosímbolo se define, desde la geografía cultural, como “un lugar, un itinerario, una extensión o un accidente geográfico que, por razones políticas, religiosas o culturales revisten a los ojos de ciertos pueblos o grupos sociales, una dimensión simbólica que alimenta o conforta su identidad” (Bonnemaison, 1981:256, citado por Giménez, 1999:33).

⁹ En el sentido de Touraine, lo global se enfrenta a lo local en el “desgarramiento del sujeto” que sin perder su propia identidad local, habrá de incorporar elementos de la cultura global.

¹⁰ La maestra se refiere específicamente a los varones que componen su grupo, que en su mayoría viven en la cabecera municipal, y a quienes citó junto con sus padres para analizar la problemática que presentan frente a la disciplina escolar y a las exigencias de la escuela en cuanto a cumplimiento y rendimiento.

¹¹ Para revisar más detalles sobre el origen, usos y significados de las malas palabras, ver el ensayo, y sus fuentes, de Hernández (2000:249-261).

¹² Oponemos la cultura hegemónica, entendida como la serie de significados socialmente legitimados que se imponen a las nuevas generaciones, a la cultura juvenil generalmente transgresora de aquélla y productora de sus propios símbolos y significados.

¹³ Esto sucede, por ejemplo, con la palabra “cabrón”, que de significar tradicionalmente “macho cabrío” y, como derivación, “el marido al que le ponen los cuernos”, en el lenguaje de los jóvenes significa tanto dificultad para realizar algo, como capacidad extraordinaria de alguna persona.

Bibliografía

- Aberastury, A. y M. Knobel (1998). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*, México: Paidós.
- Berlanga Gallardo, B. (1996). "La telesecundaria: algunas consideraciones y aportes para su discusión", en *La educación secundaria. Cambios y perspectivas*, Oaxaca: IEEPO.
- Bertely, M. (2000). *Conociendo nuestras escuelas. Un acercamiento etnográfico a la cultura escolar*, col. Maestros y enseñanza, Barcelona/Buenos Aires/ México: Paidós.
- Bustamante Álvarez, T. et al. (2000). *Reproducción campesina, migración y agroindustria en Tierra Caliente, Guerrero*, México: Plaza y Valdés.
- Cardoso Santín, A. (1997). *Tejupilco, monografía municipal*, Toluca: Gobierno del Estado de México.
- Conapo (2000). *XII Censo General de Población y Vivienda*, México: Consejo Nacional de Población.
- Delval, J. (2000). *El desarrollo humano*, México: Siglo XXI Editores.
- Díaz, J. (1998). *Los procesos de exclusión en la relación docente / alumnos. Una aproximación al fracaso escolar en secundaria*, tesis de maestría, México: ISCEEM.
- Erikson H., E. (1992). *Identidad, juventud y crisis*, Madrid: Taurus.
- Furter, P. (1996). "La educación comparada como 'geografía de la educación'. Cuestiones teóricas sobre la planificación de la regionalización de la enseñanza", en M. A. Pereyra, et al. (comps.), *Globalización y descentralización de los sistemas educativos*, Barcelona: Pomares-Corredor.
- Geertz, C. (1997). *La interpretación de las culturas*, México: Gedisa.
- Gilligan, C. (1994). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Giménez, G. (1997). "Materiales para una teoría de las identidades sociales", *Frontera Norte* (El Colegio de la Frontera Norte), vol. 9, núm. 18, pp. 9-28.
- Heller, A. (1998). *Sociología de la vida cotidiana*, Madrid: Península.
- Hernández Martínez, L. (2000). "Las malas palabras como paradojas. La transgresión de la normatividad social y la ética en los jóvenes", en Medina Carrasco (comp.) *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México: Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México.
- Hiriart Riedemann, V. (1999). *Educación sexual en la escuela*, México: Paidós.
- Kaplan, L. J. (1986). *Adolescencia: el adiós a la infancia*, Buenos Aires: Paidós.
- Levinson, B. (2002). *Todos somos iguales*, México: Santillana.
- Marc, E. y D. Picard (1992). *La interacción social. Cultura, instituciones y comunicación*, México: Paidós.
- Margulis, M. (2001). "Juventud: Una aproximación conceptual", en Donas Burak, *Adolescencia y Juventud en América Latina*, San José, Costa Rica: Libro Universitario Regional.
- Melich, J. C. (1996), "Las formas simbólicas de la acción educativa", en Melich, *Antropología simbólica y acción educativa*, col. Papeles de pedagogía, Buenos Aires/México: Paidós.
- Muuss, R. E. (1999). *Teorías de la adolescencia*, México: Paidós

- Pollack, W. (1999). *Qué pasa con los muchachos de hoy*, México: Norma.
- Puig Rovira, J. M. (1996). *La construcción de la personalidad moral*, México: Paidós.
- Rodríguez Gómez, et al. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*, Granada, España: Ediciones Aljibe.
- Sandoval, E. (2000). *La trama de la escuela secundaria: institución, relaciones y saberes*, tesis de doctorado, México: FFy L-UNAM.
- Tapia Uribe, M. (1997). "El espacio íntimo en la construcción de intersubjetividad", en León y Zemelman, *Los umbrales de la subjetividad*, Barcelona: Antrophos/CRIM-UNAM.
- Tessier, G. (2000). *Comprender a los adolescentes*, Barcelona: Octaedro.
- Valencia, J. (1996). "¿Quiénes son los estudiantes de secundaria?", *La educación secundaria. Cambios y perspectivas*, Oaxaca: IEEPO.
- Woods, P. (1998). *La escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa*, Madrid: Paidós.

Artículo recibido: 10 de noviembre de 2005

Dictamen: 27 de enero de 2006

Segunda versión: 21 de febrero de 2006

Aceptado: 23 de febrero de 2006